

Por Fernando Díez Moreno.

SUMARIO: 1. Planteamiento. 2. Teresa de Jesús. 3. Juan Pablo II. A). André Frossard. B). La fe “de” Juan Pablo II. C). San Juan de la Cruz. D). Santa Teresa y San Juan Pablo II. 4. Manuel García Morente. 5). Edith Stein. A). Apuntes biográficos. B). El camino de la razón a la fe. C). La conexión con Teresa de la Cruz. 6). Nota de bibliografía.

1. Planteamiento.

El objetivo de este ensayo es investigar en como Santa Teresa, que se consideraba a sí misma como iletrada y hacía continuas referencias en sus escritos a que determinadas cuestiones debían ser resultas por personas con estudios, ha podido influir en hombres del siglo XX con la más alta calificación filosófica o religiosa. Y el criterio que se utiliza para comprobar esta influencia es el camino a la fe.

2. Teresa de Jesús

No puede dudarse de la fe de Teresa de Jesús. Su biografía, suficientemente conocida, nos hablan de sus primeros contactos con las agustinas, de sus primeros pasos en el convento, de su enfermedades, de sus fundaciones. Su fe fue mística, esto es, una sublimación de la fe.

Voy a referirme a dos aspectos solamente.

Su carácter, su modo de ser. Era una mujer alegre, simpática, con sentido del humor, incluso cuando trataba con Jesús. Vivió en el siglo imperial, el XVI. Fue contemporánea de Lope de Vega, de Garcilaso de la Vega, de Fray Luís de León, de Cervantes. Estuvo al tanto de los acontecimientos de su tiempo, a pesar de la clausura. Vivió así el triunfo de la batalla de Lepanto. Escribía libros, lo que es excepcional en una mujer de aquel tiempo. Y aunque ella se confesaba reiteradamente “iletrada”, tenía conocimiento de economía (como se pone de relieve en el contenido de los estatutos de sus fundaciones), sabía de medicina y de farmacia. Para ella la fuente del conocimiento era la experiencia. Sus libros: “El libro de la vida” y “Las Fundaciones”, son los más importantes.

3. Juan Pablo II.

A). André Frossard.

A Juan Pablo II debe entrarse siempre por la puerta de André Frossard. Escritor, académico francés. Nació en el seno de una familia atea de padre líder comunista. Nunca se había planteado ningún problema religioso. En cierta ocasión, acompañó a un amigo a una Iglesia en la que este tenía que hacer una gestión. André le esperaba fuera, en el coche. Como su amigo tardaba entró en la Iglesia, la primera vez que lo hacía en su vida. Sintió la presencia de Dios y en dos minutos se convirtió al catolicismo. El mismo lo contó en un libro: “Dios existe, yo lo he encontrado”.

Fue invitado por el Presidente francés, a la sazón Giscard d’Estaing, a formar parte de la delegación oficial francesa, presidida por el entonces primer Ministro Raymond Barre, para asistir a la ceremonia de coronación del nuevo Papa. Frossard quedó impresionado por el carisma del nuevo Pontífice. Años más tarde, con motivo de la visita a Francia del Pontífice, y de su encuentro con los jóvenes en el Parque de los Príncipes, decidió conocerle personalmente y le pidió audiencia, siendo contestado que sería recibido en la primera ocasión que viajara a Roma.

La audiencia fue colectiva junto a otras personalidades, pero al terminar, el Prefecto del Vaticano le pidió que asistiese al día siguiente a la misa privada que el Papa celebraba en sus apartamentos a las siete de la mañana. La misa fue seguida de un desayuno en el que el Papa le propuso que escribiera un libro sobre su pensamiento, pues era consciente de que el nuevo Papa, era totalmente desconocido en el occidente europeo, y ya se había percatado de que sus intervenciones no eran recogidos por los medios con fidelidad, bien porque se resumían obviando lo esencial, bien porque resaltaban solo lo que podía sorprender a sus públicos, bien porque los mutilaban deliberadamente. Fue el primer libro-entrevista que se publicó sobre el Papa con el título de “No tengáis miedo”. Diez años más tarde

escribiría otro titulado “Diez años después” en el que narró como escribió el primero de los libros. Y es en el primero de los libros donde encontramos unas íntimas confesiones de la fe “de” Juan Pablo II. Así dice que la fe no se identifica con el teísmo (como opuesto al ateísmo) o con cualquier otra concepción del mundo que admita la existencia de Dios. La fe es mucho más que eso, es una respuesta interior a la palabra de Dios en la esfera del pensamiento y de la voluntad del ser humano. Frente a la fe recibida por André Frossard, sin ninguna preparación, como una fuerza invisible que hace bascular al hombre hacia el polo opuesto de su vida, esta la fe que se recibe por herencia, vivida desde la infancia y en una atmósfera familiar de fe.

B). La fe “de” Juan Pablo II.

La fe de Juan Pablo II no es un problema de conversión de la increencia a la fe, sino de un pasar de la fe heredada, más afectiva que intelectual, a una fe consciente y de plena madurez, profundizada intelectualmente después de una elección personal. No se trata de la fe heredada y recibida por sus padres, por el medio en que ha vivido, por la parroquia, por los maestros o directores espirituales o por sus colegas, sino que, sin olvidar lo que debe a todos ellos (incluida la historia de Polonia), es “el fruto de mi propio pensamiento y de mi elección personal...un camino racional hacia Dios y una adhesión de la inteligencia al misterio encerrado en el Verbo...el conocimiento de Dios por la razón y de su recepción por la fe que nace de la Revelación...esta fe que es la mía no comienza en mí independientemente de la convicción intelectual de que Dios existe, sino conjuntamente con ella y por decirlo así sobre su terreno...esta convicción intelectual de la existencia de Dios, unido a cierta noción de lo que Dios es, pasa por toda la dimensión del misterio revelado”. Confiesa además que en cierto periodo de su vida predominaba el aspecto intelectual, pero con el tiempo fue cediendo más y más a lo que es el misterio “a lo que penetra en el alma en las palabras de la Revelación, dejando que estas palabras se expandan y se iluminen en mi conciencia religiosa”

C). San Juan de la Cruz

Es el primer testimonio que tenemos de la fe “en” Juan Pablo II: su tesis doctoral en teología mística sobre “La fe en San Juan de la Cruz”.

Para Wojtyla, los escritos del carmelita español trazaban el mapa del terreno de la experiencia mística y pone énfasis en la naturaleza personal del encuentro humano con Dios, en el que los creyentes trascienden de tal modo los límites de su existencia como criaturas, que se tornan más auténticamente ellos mismos. Ese encuentro con el Dios viviente no está reservado tan sólo a los místicos. Es el centro de toda vida cristiana.

La tesis de Wojtyla extraía otras tres conclusiones.

La primera, puesto que Dios no puede ser conocido como conocemos un objeto, existen límites para la racionalidad como aproximación al misterio de Dios. La razón puede saber que Dios existe, pero la razón natural es incapaz de explicarnos todos los atributos del Dios de la Biblia¹.

La segunda, la fe es un encuentro personal con Dios. La fe no nos permite “aprehender” intelectualmente quién es Dios, pues eso significaría que la fe disfruta de una posición superior al propio Dios. En cambio, el encuentro con Dios en la fe nos enseña que esa «no objetifiabilidad» de Dios es una dimensión del propio Dios en sí mismo. Tal es la razón de que hablemos de Dios como «persona» y de un encuentro personal con Él.

En tercer lugar, Wojtyla concluye que la comunión mística, más que una “subida” emocional, es una experiencia de comunión, de «hallarse con» que trasciende por completo las convenciones de nuestra existencia como criaturas. La participación en el conocimiento de Dios que se nos concede por la fe, sobrepasa las facultades humanas, tanto desde el punto de vista sensible como espiritual.

D). Santa Teresa y San Juan Pablo II.

a). En Juan Pablo II podemos encontrar cuatro fases en el camino de la fe:

La etapa del saber: “sé” que Dios existe porque la razón me lleva a Él a través de las criaturas y de las obras (el mundo creado).

La etapa del saber que existe la Revelación.

La etapa del “creer” que Dios se ha revelado y respuesta afirmativa a esa Revelación.

La etapa de la gracia

Santa Teresa explicaba de cuatro maneras el progreso en la oración, y utilizaba para ello la imagen de un labriego que riega sus tierras:

- 1) sacar el agua de un pozo;
- 2) sacar el agua con una noria o una polea;
- 3) sacar el agua de un río o arrollo;
- 4) regar con agua de la lluvia.

b). La experiencia mística revela cosas importantes acerca del camino hacia Dios y de la naturaleza de nuestra comunión con Dios. Nos enseña, por ejemplo, que la mayor sabiduría que podemos alcanzar es la de saber que no podemos “objetivizar” nuestro conocimiento de Dios, pues no llegamos a conocerlo como conocemos un objeto (un árbol, un automóvil). Más bien conocemos a Dios como conocemos a otra persona, a través de la entrega mutua de uno mismo. Como dos personas que se aman llegan a vivir una «dentro» de la otra sin perder sus propias y únicas identidades. Dios llega a vivir en nuestro interior y, en cierto sentido, nosotros llegamos a habitar «dentro de Dios», sin que las diferencias radicales entre Creador y criatura se hayan perdido. De esta forma Wojtyła interpreta la espectacular enseñanza de san Juan de la Cruz de que el objetivo de la vida cristiana es convertirse en Dios “por participación”.

4. Manuel García Morente.

Nace en un pueblo de la provincia de Jaén. Su padre es oculista y librepensador. Su madre es católica y muy religiosa. Su padre ejerció su profesión en París y se estableció en Granada, gozando de posición económica desahogada.

Estudia el Bachillerato en el Liceo francés de Bayona y la carrera de Filosofía en París. Su tesis doctoral la prepara en Marburgo (Alemania) sobre “La estética en Kant”. Allí conoció a José Ortega y Gasset y a los maestros alemanes del kantismo. En toda su carrera académica obtuvo las más altas puntuaciones.

En 1912, a los 26 años gana la Cátedra de Ética de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central. Gran pedagogo. Decano de la Facultad. Subsecretario de Instrucción Pública en el Gobierno del General Berenguer.

En 1936, después de producirse el Alzamiento, es destituido como Decano y teme por su vida. El 28 de agosto de 1936, es asesinado en Toledo, en las tapias del Cristo de la Vega, su yerno, por el que sentía enorme cariño y admiración, dejando viuda y dos hijos de muy corta edad. Profundo shock.

En septiembre de 1936 es depuesto de su Cátedra y el 26 del mismo mes huye a París ante el temor de que puede ser asesinado.

Toda su estancia en París es conocida de manera autobiográfica porque en septiembre de 1940 escribió una carta al Arzobispo José María García Lahiguera: Vive en una habitación que le deja un amigo en su piso. Come y cena en casa de la viuda de un compañero de Universidad. Profunda depresión y soledad. Intenta llevar a su familia a través de la Embajada inglesa y de la Cruz Roja, pero fracasa. Una editorial le ofrece elaborar un diccionario español-francés, y por primera vez gana algo de dinero. La Universidad de Tucumán (Argentina) le propone dar un curso de filosofía y acepta. En casa de Ortega y Gasset conoce a un médico que es padre del secretario de un Ministro del Gobierno que le prometa ayuda para reunirse con la familia. Por primera vez medita que todo lo que hace él fracasa, pero “alguien” desde fuera le ayuda. ¿Será la Providencia?

Su familia logra llegar a Valencia pero fracasa en su intento de ir a París por lo que se trasladan a Barcelona con unos familiares. Su depresión, soledad y angustia se incrementan ante la dificultad de reunirse con la familia. Comienza a pensar en escenas de la vida de Cristo y cuando quiere rezar se da

cuenta de que se había olvidado del padre nuestro.

En la noche del 29 al 30 de abril de 1937 se produce un hecho extraordinario que relata en los siguientes términos:

“Aquí hay un hueco en mis recuerdos tan minuciosos. Debí quedarme dormido. Mi memoria recoge el hilo de los sucesos en el momento en que me despertaba bajo la impresión de un sobresalto inexplicable. No puedo decir exactamente lo que sentía: miedo, angustia, aprensión, turbación, presentimiento de algo inmenso, formidable, inenarrable, que iba a suceder ya mismo, en ese mismo momento, sin tardar. Me puse de pie todo tembloroso y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro.

Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí. En la habitación no había más luz que la de una lámpara eléctrica de esas diminutas, de una o dos bujías, en un rincón. Yo no veía nada, no oía nada, no tocaba nada. No tenía la menor sensación. Pero Él estaba allí. Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía; percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras -negro sobre blanco- que estoy trazando. Pero no tenía ninguna sensación ni en la vista, ni en el oído, ni en el tacto, ni en el olfato, ni en el gusto. Sin embargo, le percibía allí presente con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que le percibía aunque sin sensación.

¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé, pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada, le percibía con absoluta e indiscutible evidencia. Si se me demuestra que no era Él o que yo deliraba, podré no tener nada que contestar a la demostración, pero tan pronto como en mi memoria se actualice el recuerdo, resurgirá en mí la convicción inquebrantable de que era Él, porque lo he percibido”

En aquel mismo momento tomó la decisión de hacerse sacerdote. Como filósofo analizó minuciosamente este “hecho extraordinario”. Lo comparó con otras experiencias como la de Santa Teresa o con el mismo San Pablo, pero no encontraba parecido. Por fin el 9 de junio de 1937 se reúne en París con su familia y embarcan para Tucumán y dar el curso de filosofía al que se había comprometido.

Vuelve a España el 27 de junio de 1938. Durante el viaje comunica a su familia que va a profesar y el 10 de septiembre entra en el Monasterio gallego de Poyo.

Murió en 1942, estando convaleciente de una operación de estómago, pero de una embolia.

En la carta dirigida, en septiembre de 1940, al doctor don José María García Lahiguera, futuro Arzobispo de Valencia, y hecha pública después de su muerte, decía:

“Hace poco tiempo leí un pasaje de Santa Teresa en donde se describe algo parecido. Está en el capítulo XXVII de la Vida, y dice así: “Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecíame estaba junto cabe mí Cristo y veía ser Él el que me hablaba, a mi parecer... Luego fui a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntóme en qué forma le veía. Díjome que como sabía yo que era Cristo. Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender estaba cabe mí y lo veía claro y sentía...”

Tenga usted en cuenta que la terminología de Santa Teresa carece de rigor psicológico; ello explica la aparente contradicción en su texto, cuando dice que no le vía y pocas líneas después que lo veía claro. Porque cuando dice que no le veía, quiere decir que no tenía sensación visual, y cuando dice que veía claro y sentía, quiere decir que lo percibía e intuía sin sensaciones.

El hecho aquí descrito por la Santa es, pues, justamente el que yo viví: una percepción sin sensaciones o –si me permite usted la fórmula audaz – una percepción puramente espiritual. Hay, sin embargo, diferencias profundas entre la vivencia tenida por la Santa y la tenida por mí. A la Santa, Nuestro Señor le habla, sin duda, con palabras también percibidas sin sensación auditiva. A mí, en cambio, no. A la Santa acompaña la presencia de Nuestro Señor largo tiempo, días y días, es decir,

habitualmente –“parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo”-. A mí, no. Fue sólo un breve espacio de tiempo, quizá segundos, quizá minutos, quizá una hora, en la noche del 29 al 30 de abril de 1.937. Y no ha vuelto a repetirse jamás. En cambio, mi vivencia tiene algo que no he visto descrito en la de la Santa. En mi vivencia hay como un efecto producido en mí, en el sujeto, por la presencia del Señor, en efecto de desgravitación, de aligeramiento, de volatilización; parecíame que me despojaba del cuerpo, que ya no tenía peso, que me convertía en soplo o que alguien me levantaba en vilo. De este efecto no encuentro nada en la descripción de la Santa

La Santa, por último, intenta también una interpretación del estado que ha descrito, y encuentra para ello algunas fórmulas que me parecen muy afortunadas y exactas. Por ejemplo: “Porque parecer que es como una persona que está a oscuras, que no ve a otro que está cabe ella, o si es ciega, no va bien. Alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos o la oye hablar o menear o la toca. Acá (en el estado que la Santa ha descrito) no hay nada de esto ni se ve oscuridad, sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol...” Es perfecta la interpretación de la Santa; efectivamente, se trata de una “noticia al alma”, o, como antes decía yo, una percepción puramente espiritual, “sine corpore interpósito”.

5). Edith Stein.

A). Apuntes biográficos.

Edith Stein es el testimonio encarnado de cómo se lleva a cabo el itinerario que va de la razón a la fe sin proponérselo. Es el paradigma de las tres etapas de S. Buenaventura (valorar los vestigios de Dios en las cosas de la naturaleza; valorar dentro de nosotros lo que hay de imagen divina; elevarnos por encima de nosotros). Es también el ejemplo moderno de cómo, desde la filosofía más racionalista (la fenomenología) se puede llegar a la fe. Es el espejo para que se miren en el los Profesores que se extrañaban de que en Ratisbona hubiese dos Facultades de Teología (véase el párrafo segundo del Discurso de Benedicto XVI).

No es nuestra intención transcribir una biografía de Edith Stein. Basten algunos retazos a nuestros fines.

De familia judía practicante, especialmente su madre, mostró indiferencia por los temas religiosos cuando se incorpora a la Universidad. A los 25 años es ayudante personal de E. Husserl, el filósofo más importante de la corriente fenomenológica. Husserl solo reconoce la razón natural como fuente filosófica del conocimiento; la fe es una instancia para la religión, pero no para la filosofía; la filosofía moderna, a diferencia de la medieval, traza los límites entre fe y filosofía reconociendo autonomía a la razón natural. La propia tesis doctoral de Edith Stein, que publica en 1917, lleva como tema “Sobre el problema de la empatía”.

Dentro del equipo de colaboradores de Husserl se encuentran Max Scheller (la primera tesis doctoral de Karol Wojtila pretendió aplicar al cristianismo la fenomenología de este), y Adolf Reinach, que tendrán gran influencia en E. Stein.

Como es sabido Edith Stein se convirtió al catolicismo, ingresó en el Carmelo adoptando el nombre de Sor Benedicta de la Cruz, y murió en 1942, a los 51 años, en el campo de concentración de Auschwitz. Quiso morir con el pueblo judío al que pertenecía. Juan Pablo II la declaró Doctora de la Iglesia y la canonizó el 1 de mayo de 1987 en Colonia, a la vez como “confesora” (vida virtuosa y heroica) y como “martir” (muerte “in odium fidei”).

Dejó dicho en una de sus cartas: “Se que el Señor ha tomado mi vida para que no olvide jamás a la Reina Esther que fue arrebatada a los suyos con el solo fin de levantarse ante el Rey, en nombre de su pueblo. Yo soy la pobre y la pequeña Esther, débil como ella, pero el Rey que me ha escogido es infinitamente más grande y misericordioso”.

B). El camino de la razón a la fe.

De los apuntes que dejamos hechos sobre la biografía de Edith Stein, surge una primera constatación, y es la de que no pudo desenvolverse en un ambiente académico más racionalista, agnóstico e

indiferente. Habría sido uno de aquellos profesores que se extrañaran de que en Ratisbona hubiese dos Facultades de Teología.

Pero es lo cierto que desde las posiciones filosóficas racionalistas, pasó a la fe, de la fe pasó a la profesión religiosa conventual, de ahí al martirio y del martirio a los altares. Es difícil no sentir curiosidad por saber como pudo ocurrir ello, y cuales fueron las etapas de ese discurrir. Se tiene la ventaja de que los elementos para reconstruir ese itinerario son auténticos, es decir, son sus propios "Escritos autobiográficos", o sus "Cartas", o el contenido de su obra doctrinal, o los testimonios dejados por quienes la conocieron y la trataron.

1ª Etapa. El rigor intelectual.

Como buena filósofa Edith Stein buscaba la verdad y amaba la sabiduría. Parece que es lo normal entre los filósofos, pero no es así, porque hay quien rechaza la verdades de la fe sin siquiera indagar intelectualmente en ellas. El cristianismo tiene tal importancia en las historia del pensamiento que es lícito dudar del rigor intelectual de quines lo rechazan sin molestarse en estudiarlo.

En sus "Escritos autobiográficos", y hablando de uno de sus maestros, Max Schéller, dejó escrito: "Era la época en que estaba repleto (Max Scheller) de ideas católicas y procuraba hacerlas propaganda con toda la brillantez de su intelecto y fuerza comunicadora. Fue mi primer contacto con un mundo hasta entonces desconocido para mí. No me condujo a la fe pero me abrió un ámbito de "fenómenos" ante los que no podía ya pasar de largo sin verlos... Cayeron las barreras de los prejuicios racionalistas en los que me había criado sin saberlo y, de pronto, tenía ante mí el mundo de la fe. Había personas con las que trataba a diario y a las que miraba con admiración, que vivían en el... Me conformé con aceptar sin resistencia las ideas que me llegaban de mi entorno y, así, sin darme cuenta, me fui transformando".

En una carta a un gran amigo y compañero académico, Roman Ingardée, le responde así a la referencia que este hace al "aparato dogmático ideado para la dominación de las masas":

"¿Y se ha planteado la pregunta de cómo se explica que hombres como Agustín, Anselmo de Canterbury, Buenaventura, Tomás (por no hablar de los muchos miles cuyos nombres son desconocidos al profano, pero que fueron, o son, sin duda, tan inteligentes como nosotros, que nos tenemos por tan ilustres), como se explica que estos hombres hayan visto en el despreciable dogma lo más alto a lo que puede llegar el espíritu humano y lo único que merece que se le entregue la vida? ¿Con que derecho puede tratar de tontos o astutos embaucadores a los grandes maestro y santos de la Iglesia? Levantar semejantes sospechas como las que contienen sus palabras solo se puede hacer después examinar atentísimamente todos los hechos que entran en consideración".

En estos testimonios están claramente prefigurados los pasos que en esta primera etapa, dio Edith Stein, a saber:

- La ausencia de prejuicios. Es la marca del verdadero intelectual.
- El testimonio de personas creyentes a las que se aprecia. (¡Que importante es el testimonio aunque no lleguemos a conocer sus consecuencias en otros!).
- El relativizar los esquemas de pensamiento para no ser esclavo de ellos.

2ª Etapa. La búsqueda de la verdad.

Elisabeth Otto en su libro "Mundo, persona, Dios. Investigación sobre el fundamento teológico de la mística Edith Stein", da cuenta de la relación íntima que tuvo con Philomene Steiger, y reproduce el siguiente diálogo tenido entra ambas, que muchos años después de muerta aquella, hizo público esta: Edith Stein: "Señorita Steiger, soy atea".

Philomene Steiger: "No, no lo es, doctora Stein. Usted es una buscadora"

E.S.: "Yo no quiero creer. Yo quiero saber".

P.S.: "No se si sabe lo que es un Convento carmelita, Doctora Stein. Pues Elías fue su fundador.

Camino del monte Horeb fundó una vida eremítica que fue un modelo de los conventos carmelitas. Lo principal era aceptar humildemente la verdad revelada. Buscó esa unión con Dios y con el espíritu de

Dios que sale del desierto o de la soledad”

E.S.: “Sí, pero ¿como se hace para creer todo eso e interiorizarlo tanto?”

P.S.: “El hombre no es solo biología. Lo que tiene que ser dominante de nuestra existencia no es lo trivial, lo biológico, el cuerpo, sino el Espíritu dentro de nosotros. Reza para que el Espíritu Santo también venga sobre usted”.

E.S.: “Sí, ¿y como se hace eso?”

P. S.: “Desde entonces rezo todas las noches: <Espíritu Santo, desciende sobre mi, ilumíname, quiero seguirte. Amén”.

Es posible que de estas conversaciones naciera el interés de Edith Stein por el Carmelo.

Su amiga Philomene Steiger le había dicho a Edith Stein que no era atea, sino “buscadora”. Y era cierto. Era una buscadora de la verdad desde su condición esencial de filósofa. En su libro “Mundo y persona” reconoce que de sus lecturas de Santa Teresa de Jesús, extraía la sensación de que la verdad se manifestaba en la veracidad con la que contaba las cosas, así como en el profundo examen que hacía de su vida interior. La credibilidad que emanaba de Santa Teresa radicaba en la riqueza de la propia vida interior, que alcanzaba los niveles más altos de la mística; en la singular capacidad para dar cuenta de los procesos que se desarrollaban en su interior; en la capacidad de expresar lo inefable de manera clara y asequible y con el sello de absoluta veracidad; y en la fuerza de descubrir la cohesión íntima de hechos sueltos hasta configurar una obra de arte cerrada.

Su pasión por la verdad le lleva a traducir “De veritate” de Santo Tomás de Aquino, y a intentar aproximar la filosofía moderna y el pensamiento cristiano en la cuestión de la verdad. Para ello sostiene que el conocimiento actual presenta varias formas: un movimiento hacia el conocimiento, empeño gradual, proceso lógico, que Santo Tomás llama “ratio”; y una contemplación quieta, intuición, comprensión de la verdad con una mirada.

En Edith Stein se produce una especie de síntesis entre S. Buenaventura y Santo Tomás, en el sentido de que mientras el místico franciscano decía que la relación de Dios y el hombre es esencialmente una historia de amor, patrón y tipo de todas las historias de amor; el racionalista dominico sostenía que el intelecto se encuentra en su casa en lo más elevado de los cielos, y que el apetito por la verdad puede sobrevivir a todos los apetitos más romos del hombre, y hasta devorarlos.

La forma del conocimiento humano, para Edith, es la “ratio”, el proceso gradual y racional. Pero hay una forma más alta del conocimiento humano que es la manera de conocer los espíritus superiores, que tiende a la contemplación quieta, que parte del conocimiento de los principios, que está motivado por un “chispazo” primero de la verdad que quiere ser buscada y desarrollada, por un “anticipo” momentáneo de la contemplación. Con el “chispazo” el entendimiento recibe pasivamente algo que se pone en marcha con el concurso de la voluntad. Es un regalo que la actividad natural del entendimiento no puede conquistar por si misma.

V. Ranff lo expresó de otra manera al describir el proceso interior de Edith Stein diciendo que “el reconocimiento de la verdad última en la fe, y la “intuición” como un relámpago de la verdad, de la búsqueda del Dios de Santa Teresa, conduce a Edith Stein a buscar la verdad más profunda en la contemplación de Dios”.

3ª Etapa. El “chispazo”.

En 1917 muere Adolf Reinach, y Husserl encarga a Edith ordenar sus papeles inéditos y su legado intelectual. El encuentro con su viuda, profundamente católica, le descubre la fuerza de la fe cristiana en la Resurrección: “fue mi primer encuentro con la Cruz y con la fuerza divina que da a quienes la llevan. Por primera vez veía palpablemente ante mi a la Iglesia nacida de la pasión redentora de Cristo en su victoria sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que se derrumbó mi incredulidad, el judaísmo palideció y brilló Cristo: Cristo en el misterio de la Cruz”.

El verano de 1921 Edith Stein lo pasa en casa de Hedwig Conrad-Martius, una alumna de Husserl que se entendía muy bien con Edith. El matrimonio Conrad-Martius solía invitar a una plantación de frutales

que tenía en el Palatinado a los amigos “fenomenológicos” a pasar largas temporadas. Según cuenta la propia Edith a su amigo Roman Ingarden, una tarde de agosto, mientras esperaba la llegada del matrimonio tomó de la biblioteca el “Libro de mi vida” de Santa Teresa y lo leyó en una noche. Al terminar exclamo: “¡Esto esa la verdad!”

Había encontrado una verdad más profunda. No la verdad de la filosofía, sino la verdad en persona, en la persona amante de Dios. Había pasado su vida buscando la verdad para al final encontrar a Dios. En otra carta que le dirige a Ingarden el 8 de noviembre de 1927, y en la que le habla del significado interior de la conversión, le dice que:

“fue decisivo (para llegara a la fe) el suceder real –no el <sentimiento>- de la mano de la imagen concreta del cristianismo en testigos elocuentes como Agustín, Francisco, Teresa. ¿Cómo describirle en pocas palabras el cuadro de ese <suceder real>? Es un mundo infinito, completamente nuevo, que se abre al empezar a vivir hacia dentro en lugar de hacia fuera. Todas las realidades con las que se tenía que ver hasta el momento se hacen transparentes, y se hacen perceptibles las fuerzas que llevan y mueven auténticamente. ¡Que irrelevantes se ven los conflictos en los que estaba metida antes! ¡Y qué plenitud de vida, con dolores y dichas que el mundo terreno no conoce y no puede concebir, abarca un solo día, aparentemente vacío de la existencia humana!”.

Días más tarde le explicaría con más detalle la experiencia religiosa:

“No hace falta dar en el transcurso de la vida con una justificación de la experiencia religiosa. Pero sí hace falta decidirse por Dios o contra Él. Esto es lo que se nos exige: decidarnos sin certificado de garantía. Esta es la gran osadía de la fe. El itinerario va de la fe a la visión y no al revés. Quien es demasiado orgulloso para pasar por esa portezuela no entra. Pero el que pasa consigue ya en esta vida una claridad cada vez mayor y experimenta lo justificado del <credo ut intelligam>”.

4ª Etapa. La consolidación.

A partir del momento en que ha alcanzado la certeza de la verdad, toda su capacidad de creación filosófica se vuelca desde esa nueva perspectiva. Así, para ella la fe tiene un doble significado para la filosofía. Por un lado, si la fe accede a verdades que no se pueden alcanzar por otro camino, la filosofía no puede reconocer estas verdades sin renunciar a su pretensión de verdad universal, y, aún más, sin exponerse al riesgo de que se le introduzca el error en la parte de conocimiento que sí corresponde a la filosofía, porque por la interdependencia orgánica de la verdad, todo aspecto parcial de ella puede quedar mal iluminado si se corta la conexión con el conjunto.

Y, por otro lado, si la propia fe es la certeza más alta que puede lograr el hombre, y si la filosofía pretende alcanzar la mayor certeza alcanzable, tiene que apropiarse de la fe, lo que sucede cuando acepta en si las verdades de la fe, más aún, midiendo todas las demás verdades como criterio último. Para Edith Stein, la fe puede abrir nuevos conceptos a la filosofía, es decir, a la razón, como sucedió en la tradición cristiana con los conceptos de “creación” y “persona”. El hombre no puede lograr por sus propias fuerzas un conocimiento último. La filosofía, es decir, la razón, debe aceptar la fe y la teología como autoridad sobre lo divino, de manera análoga a como recibe de las ciencias empíricas los conocimientos de la naturaleza. De esta manera, la filosofía debe completarse con la teología sin convertirse en ella.

C). La conexión con Teresa de la Cruz.

Viene determinada porque “El libro de la vida” fue decisivo en su conversión. De sus lecturas de Santa Teresa de Jesús, como se ha dicho, extraía la sensación de que la verdad se manifestaba en la veracidad con la que contaba las cosas, así como en el profundo examen que hacía de su vida interior. La credibilidad que emanaba de Santa Teresa radicaba en la riqueza de la propia vida interior, que alcanzaba los niveles más altos de la mística; en la singular capacidad para dar cuenta de los procesos que se desarrollaban en su interior; en la capacidad de expresar lo inefable de manera clara y asequible y con el sello de absoluta veracidad; y en la fuerza de descubrir la cohesión íntima de hachos sueltos hasta configurar una obra de arte cerrada.

En la ceremonia de canonización, Juan Pablo II dijo de ella:

“Su historia personal fue la síntesis de una historia más amplia, marcada por heridas profundas, heridas que todavía duelen, y por cuya curación, hombres y mujeres responsables han continuado trabajando hasta nuestros días. Pero su vida fue también una síntesis de la verdad perfecta del hombre, en un corazón que permanece impaciente e insatisfecho, hasta que finalmente encuentra la paz en Dios. Bendita sea Edith Stein, sor Benedicta de la Cruz, verdadera adoradora de Dios, en espíritu y en verdad. Ella forma parte de los elegidos”.

6. Nota de bibliografía.

A). Sobre Santa Teresa.

La edición de libros sobre Santa Teresa con motivo del 5º centenario de su nacimiento es innumerable. De “El libro de la vida” hay también muchas ediciones. La de mayor rigor es la de la Real Academia de la Lengua, dentro de la Colección “Biblioteca Clásica”, nº 35, Madrid, 2014. La de más fácil lectura es la de la editorial Rialp, en dos volúmenes, el primero biográfico y el segundo sobre la oración, Madrid, 2015. La editorial BAC, Biblioteca de Autores Cristianos, tiene publicadas sus obras completas desde 1977.

B). Sobre Juan Pablo II.

Sobre los libros escritos por Karol Wojtyła, puede encontrarse, en lengua castellana, además de “Amor y responsabilidad” (Ed. Palabra), en la Ed. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC): “La fe según San Juan de la Cruz” (su primera tesis doctoral), Madrid 1997; “Poesías”, Madrid 1993; “La renovación en sus fuentes”, Madrid 1982; y “Signo de contradicción”, Madrid 1979.

También como Papa, Juan Pablo II no dejó abandonada su faceta de escritor. Pueden citarse en lengua castellana: “Cruzando el umbral de la esperanza”, Ed. Plaza, Barcelona 1995; “Don y misterio”, Ed. BAC, Madrid 1996; “Tríptico romano”, libro de poesías editado por la Universidad Católica de San Antonio de Murcia, 2003; “¡Lavantaos, vamos!”, Ed. Plaza, Barcelona 2004; “Memoria e identidad”, Ed. Esfera de los libros, Madrid 2005.

Toda la documentación del Pontificado de Juan Pablo II se puede consultar en la página web del Vaticano: www.vatican.va. Por orden cronológico de cada categoría, se recogen los Angelus, las Audiencias, las Cartas, las Cartas Apostólicas, las Constituciones Apostólicas, los Discursos, las Encíclicas, las Exhortaciones Apostólicas, las Homilias, los Mensajes, los Motu Proprio, las Oraciones y los Viajes.

Mi primer contacto intelectual con este Pontífice fue cuando en 1979 cayó en mis manos el libro de André Fossard “N’ayez pas peur” (existe versión española “No tengáis miedo”, Plaza y Janés, 1982). Se trata del primer “libro-entrevista” hecho al Papa a petición de él mismo. Fossard fue un Académico de la Academia Francesa, judío convertido al cristianismo que había escrito un libro narrando su conversión. Este libro había sido leído por Karol Wojtyła, y cuando ya Papa supo que Fossard formaba parte de la delegación francesa que acudió a su entronización, le pidió que se quedara para hablar con él, y en esa audiencia le propuso escribir el libro a base de sucesivas entrevistas. Diez años más tarde, Fossard escribió “Retrato de Juan Pablo II” (Planeta, 1989), en el que narra como escribió el primero de los libros y las circunstancias del atentado contra el Papa.

Pero sin duda alguna, y como ya anticipo, el mejor con diferencia de los libros que he leído sobre Juan Pablo II ha sido el del George Weigel “Témoins de l’espérance”, Ed. JC Lattés, 1999. (Existe versión en español: “Testigo de Esperanza”, Ed. Plaza y Janés, 1999). Weigel es un teólogo laico americano a quien también el Papa le pidió que lo escribiera (“Cher ami, C’est de tout coeur que je vous encourage à écrire ma vie. Vous êtes très bien placé pour le faire y nous nous rencontrerons souvent...”). Con su expresa autorización se le abrieron las puertas de Polonia y del Vaticano. La importancia de este libro es que no solo contiene una biografía autorizada y exhaustiva, sino que es también un compendio doctrinal del pensamiento de Karol Wojtyła y de Juan Pablo II. La versión española, a diferencia de la francesa, contiene, a partir de la pag. 1278 una extensísima bibliografía que nos exime de cualquier

otra cita.

No obstante lo anterior debo citar el libro de Viki Ranff: "Edith Stein. En busca de la verdad". Ed. Palabra. 2005, con importantes aportaciones para entender la Encíclica "Fides et Ratio". También el libro Joaquín Navarro-Valls: "Recuerdos y reflexiones". Ed. Plaza. 2010, un poco decepcionante, pero que contiene informaciones casi confidenciales en relación con la caída del muro de Berlín.

Durante su vida y después de su muerte, han escrito sobre Juan Pablo II, entre otros muchos: Natale Benazzi, "La Biblia de Juan Pablo II", Ed. Esfera de los Libros, Madrid 2008, que recoge los fragmentos bíblicos más utilizados por el Papa en sus reflexiones y oraciones; Alceste Santini, "El legado de Juan Pablo II", Ed. Planeta, Madrid 2004; Caroline Pigozzi, "Juan Pablo II, íntimo", Ed. Aguilar, Madrid 2005; Carl Bernstein y Marco Politi, "Su Santidad", Ed. Planeta, 1996; y Bernard Lecomte, "Jean Paul II", Ed. Gallimard, 2003.

La Editorial Palabra ha publicado la transcripción de las homilías catequéticas de los miércoles, en un encomiable esfuerzo editorial. La publicación abarca trece volúmenes de la colección "Palabra-Libros", los números 10, 12, 14, 15, 16, 17, 22, 23, 25, 28, 32, 38 y 43. El último de estos se denomina "Cantad un cántico nuevo" y recoge las homilías que comentan los Salmos en la oración de "Laudes". Está por publicar las homilías que comentan los Salmos en la oración de "Vísperas", cuyo ciclo concluyó Benedicto XVI, que sí están publicadas por la Editorial B.A.C.

C) Sobre Manuel García Morente.

La carta que escribió al Obispo José María García Lahiguera en 1940, además de encontrarse en internet, fue publicada por la Editorial Rialp, Madrid 1986, con el título "Un hecho extraordinario y otros escritos". Sus "Lecciones preliminares de filosofía" están publicadas por la Universidad Nacional de Tucuman, en la Editorial Losada, Buenos Aires 1948 (4ª edición), pero hay ediciones más recientes. Además publicó "La filosofía de Kant" (1917), "La filosofía de Henry Bergson" (1917), "Idea de la Hispanidad" (1938), "Ideas para una filosofía de la Historia de España" (1942), "El Pontificado y la Hispanidad" (1942) y "Ensayos" (1945), entre otros.

D). Sobre Edith Stein.

Los aspectos biográficos, y en especial las circunstancias que concurrieron en la canonización de Edith Stein, pueden consultarse en G. Weigel: "Jean Paul II. Temoín de l'esperance". Editorial JC Lattès. 1999, pags. 656 y ss. La biografía intelectual está insuperablemente tratada en Viki Ranff: "Edith Stein. En busca de la verdad", Ediciones Biblioteca-Palabra. En este libro se contiene un amplio apartado de bibliografía en alemán y en castellano, entre la que se cita el libro de Elisabeth Otto "Mundo, persona, Dios". Las Obras Completas de Edith Stein, compuestas por varios volúmenes han sido editadas conjuntamente por la Editorial Monte Carmelo, Ediciones El Carmen y Editorial de Espiritualidad. Esta última Editorial ha publicado en el año 2006 la 3ª edición del libro "Estrellas amarilla. Autobiografía: infancia y juventud" de Edith Stein.